



Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.

“Acercamiento a Jesucristo”

*(Siguiendo la obra “Jesús el Señor”
de Angelo Amato)*

S.M.I. Catedral de La Habana
9 de marzo de 2009.

Segunda catequesis

“Jesucristo visto ‘desde dentro’ del cristianismo”.

Me refiero a verlo con los ojos de la fe desde dentro del cristianismo. Si contemplamos a Jesús apoyándonos en la vida de la Iglesia, en la Sagrada Escritura, y la Liturgia, que es la expresión cultural de lo que la Iglesia cree y vive, es decir, todo aquello que ella realiza como oración pública de alabanza a Dios, de súplicas, de predicación, dentro de la cual ocupa un lugar de máxima importancia la celebración de la Eucaristía, podemos responder con plenitud a las indicaciones y los anhelos de los modos de concebir a Jesús que están presentes tanto en las religiones no cristianas, como en los humanismos contemporáneos. Pero antes de presentar de modo sintético los modos de doctrina y de praxis católica contemporánea con respecto a Jesucristo vamos a pasar rápidamente sobre la óptica de fondo de la consideración de Jesucristo por la teología tanto ortodoxa como luterana, que tienen también su validez.

1-. Modo de concebir y de celebrar a Cristo en la teología ortodoxa.

La característica de la cristología ortodoxa no es la interpretación contemporánea de cuanto Cristo ha hecho o dicho tal y como lo recoge su evangelio, para buscar su influjo concreto en la vida de la Iglesia y la sociedad. La cristología ortodoxa brota más bien de un esfuerzo de participación lo más íntima posible en el misterio salvífico de Cristo. Es decir, Jesús ha venido a nosotros enviado por el Padre, ha muerto en la Cruz por nosotros, ha resucitado y está en su gloria. Nuestra participación en este misterio lleva consigo la iluminación de la mente, la contemplación con todo nuestro ser de todo lo que es Jesús, lo que ha hecho por nosotros y de cómo vive junto al Padre. La adoración es un esfuerzo por una vida ascética, es decir, de sacrificio, de renuncia a muchas cosas y la alabanza continua, que se muestra sobre todo en la Liturgia ortodoxa tan rica que hace que nos transportemos a esa gloria alcanzada por Cristo y que nosotros debemos alcanzar un día.

La cristología ortodoxa es una cristología desde arriba y parte desde la afirmación del primer capítulo del evangelio de San Juan: “la Palabra se hizo carne”. La consideración sobre Jesucristo entre los ortodoxos comienza justamente por el hecho inaudito, gratuito y gloriosísimo de que Dios se haya hecho hombre, es decir, de la encarnación considerada como un acontecimiento decisivo que le devuelve al hombre y al mismo Universo la gloria divina. Es la afirmación convencida de que “el hombre es verdaderamente hombre cuando participa en la vida de Dios” (Meyendorf). Los ortodoxos, convencidos de la importancia fundamental, decisiva y suficiente de la Tradición eclesial, de los Padres de la Iglesia y de los primeros Concilios del cristianismo, insisten en la divinidad de Cristo, hombre verdadero y Dios verdadero. Jesús en la ortodoxia no es problematizado, sino adorado, vivido y testimoniado como el tesoro más grande de la fe de los Padres, que hay que mantener y transmitir íntegramente para la salvación de la humanidad.

Al extenderse la Iglesia Ortodoxa Rusa por el mundo, sobre todo después de la Revolución de Octubre y de la creación de la Unión Soviética, la teología ortodoxa rusa tuvo que enfrentar las sugerencias de los filósofos y teólogos occidentales. Su esfuerzo en primer lugar fue hacia el mantenimiento de la fe tradicional y en este aspecto grandes teólogos ortodoxos rusos como Endokimov puede definir la cristología ortodoxa como una nueva presentación de la doctrina de los primeros Padres de la Iglesia. Pero esta propuesta de la Tradición no significa recuerdo estéril ni simple imitación de lo pasado, sino que ofrece aspectos particularmente originales del misterio de Jesucristo, ofreciendo muchas respuestas a las ansias e inquietudes modernas. La cristología ortodoxa de la gloria de Dios en el rostro de Cristo y de la participación redentora del cristiano en esta gloria está totalmente inundada de la serena certeza de la definitiva liberación del hombre y del Universo por la venida de Cristo a nuestra historia.

2-. El modelo de la “Cruz” en la cristología luterana”.

Para Lutero y para toda la tradición protestante hasta épocas muy recientes, la Cruz es el módulo más adecuado para comprender y para vivir todo el mensaje de Cristo. La teología de la Cruz es la visión de fondo de Lutero, su método de interpretación, para la misión de Cristo, su conocimiento práctico y existencial del cristianismo.

No consiste esta teología luterana solamente en una reflexión crítica sobre el dato específico de la muerte redentora de Cristo en la Cruz, sino que constituye la característica fundamental del mensaje cristiano y la síntesis de su absoluta originalidad. Y así la Cruz no es sólo una parte en todo el mensaje cristiano sino más bien el criterio formal de interpretación de toda la misión de Cristo. A la teología reflexiva, filosófica, académica, de la gloria, de los ortodoxos, Lutero prefiere la teología bíblica de la Cruz. Para él en la perspectiva de la Cruz se valora todo lo que Dios ha manifestado sobre sí mismo de manera paradójica en el anonadamiento del Verbo hecho carne y crucificado. Por eso, como la cristología es revelación de la Cruz, ésta es el centro y el objeto fundamental de todo el pensamiento teológico luterano. Sólo en Cristo Crucificado Dios se revela y se esconde, sólo en Cristo Crucificado está el verdadero conocimiento de Dios.

La Pasión y la Cruz de Cristo son los auténticos signos de la presencia de Dios y constituyen el único conocimiento indirecto pero proporcionado que el hombre puede tener de Dios.

A la luz de esta nueva comprensión que nos es revelada, que no es fruto de un discurso filosófico o natural, Lutero lee todo el misterio cristiano y la salvación que este misterio nos trae mediante la Cruz.

En años recientes Moltmann ha propuesto al “Dios Crucificado” como conocimiento intrínseco de toda teología y de toda verdad del cristianismo.

Sin embargo, este autor introduce una visión más equilibrada cuando dice: “Volver a ocuparse hoy de la teología de la Cruz significa evitar la unilateralidad de la Tradición y supone entender al Crucificado a la luz y en el contexto de la Resurrección y por tanto de la libertad y de la esperanza”.

3-. Distintos modos de acercarnos a Cristo en la teología católica.

Entre los católicos se da una pluralidad de modelos cristológicos, que no dan tanto énfasis a la gloria divina ni a la absolutización del acontecimiento de la Cruz. Lo que prevalece en el pensamiento teológico católico es el descubrimiento y la valoración adecuada, con todas sus implicaciones, de la humanidad de Jesús. Esta nueva comprensión de Cristo tiene en cuenta las distintas visiones filosóficas o teológicas como los distintos horizontes culturales donde se halla el cristianismo. Nace así una pluralidad de consideraciones cristológicas según los contextos sociales, inculturadas y muy abiertas a la llamada existencial, pero estas distintas consideraciones teológicas no se oponen generalmente, ni se excluyen mutuamente, sino que pueden encontrarse y completarse en un mismo proyecto de pensamiento teológico sobre Jesucristo. Así algunos teólogos siguen cristologías de tipo clásico, presentando a la persona de Jesús primeramente y presentando su obra después. Otros, con métodos muy dinámicos afirman que al amor divino manifestado en Cristo le corresponde solicitar la acción del hombre para la construcción del mundo y de la humanidad. Para Kasper la historia es la clave esencial para descifrar el significado del acontecimiento de Cristo. Cristo no es una deducción de las necesidades del hombre o de la sociedad, sino que lo encontramos en el misterio de su historia concreta, con sus acontecimientos originales, extraordinarios y únicos de que fue protagonista: nacimiento, predicación, obras, actitudes, Pasión, muerte, Resurrección. Estos acontecimientos, en su conjunto, son los que tienen valor auténticamente para nuestra salvación. Otros teólogos como Boldoni unen íntimamente el conocimiento del misterio de Cristo con el conocimiento del misterio del hombre: Jesucristo responde a las preguntas fundamentales del misterio del hombre. El gran teólogo Karl Rahner parte del hombre como un ser dotado de una necesidad trascendental, en búsqueda siempre de algo que está más allá de él, por encima de él. El hombre busca en la historia que se nos presente este misterio inabarcable llamado Dios, que nos salga al paso, y esto sucedió en la persona de Jesucristo. Un hombre así, con este destino de buscador insaciable es el que puede encontrar a Cristo que lo colme en plenitud.

Después vienen las cristologías en contextos, es decir, presentaciones de Cristo que tienen un afán de inculturación, y así tenemos el Cristo liberador latinoamericano que presenta a Cristo no tanto en su verdad de Hijo de Dios hecho hombre, sino con su impulso transformador y liberador de la realidad oprimida. Ante esta teología nos preguntamos si la exigencia exclusiva sobre el influjo sociocultural del evangelio como modelo para actuar no incluye el riesgo de elevar a criterio absoluto de verdad el principio de la sola eficacia práctica de la persona de Jesucristo en la historia. Si eso fuera verdad, perdería significado el misterio central de la redención y de la liberación cristiana que se encuentran en el sufrimiento por la Cruz y en la Resurrección de Jesús.

Está el Cristo de Puebla, el Cristo de la religiosidad popular, que no es otro que el Cristo del anuncio eclesial. Dice el documento de Puebla.: “el pueblo latinoamericano,

profundamente religioso, aún antes de ser evangelizado, cree en su gran mayoría en Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre”. El documento de Puebla sitúa el anuncio de la liberación cristiana sobre la base de la integridad del misterio de Cristo: “solidario con los sufrimientos de nuestros pueblos, sentimos la urgencia de darles lo que es específicamente nuestro: el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios” (# 181).

4- El Cristo bíblico eclesial.

La existencia de una pluralidad de modelos cristológicos plantea un problema. ¿Cuál de ellos es legítimo para servir a Cristo hoy en la Iglesia sin reducirlo, sin relativizarlo? Frente a la multiplicidad de interpretaciones de cristologías que llamamos “desde fuera” y de la cristología “desde dentro”, ¿cuál es el verdadero rostro de Jesucristo y dónde podemos encontrarlo?

Debemos decir que la opción equilibrada es la del “Cristo bíblico-eclesial” tal y como la Iglesia nos lo entrega en las Sagradas Escrituras y en su vida de fe. La vida espiritual del pueblo de Dios, su compromiso de santidad, de apostolado y de misión, los esfuerzos ecuménicos, tienen su fuente en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre y Redentor, verdadero hombre y verdadero Dios, consustancial al Padre y a nosotros. El éxito de la salvación de toda la humanidad queda asegurado solamente por esta densidad personal divina y humana de Jesucristo.

Una cristología no suficientemente fundada en el Cristo bíblico-eclesial puede quedar disminuida a nivel de anuncio humanístico. Cristo se convierte solamente en camino del hombre, Cristo se queda en uno de los caminos hacia Dios y no manifiesta la verdadera identidad de Jesús camino, verdad y vida. El Cristo bíblico-eclesial tiene un lugar privilegiado en la vida de la comunidad, de los que creen en él. En la Iglesia es donde aparece el verdadero rostro viviente de Cristo y en la Iglesia comunidad eucarística, comunidad apostólica, comunidad de oración, comunidad de pecadores salvados, es donde está viva hoy, no como recuerdo arqueológico o como simple teoría, sino como realidad experimental la proclamación entusiasta que Pedro hizo antes de Pascua: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”, y después de Pascua: “Sepa con certeza el pueblo de Israel: éste ha sido curado en nombre de Jesús de Nazaret a quien ustedes crucificaron y a quien Dios ha resucitado de entre los muertos... en ningún otro está la salvación, no se nos ha dado otro nombre entre los hombres en el que podamos ser salvados” (Hch 4, 10-12).

La comunidad eclesial está firmemente convencida del carácter total y significativo de la salvación en Cristo, en ningún otro encontraría el hombre el significado pleno de su vida, de su muerte, de su gozo, de su dolor, de su estar con los demás, de su amor, de sus fracasos, de su soledad: “Hemos encontrado al Mesías (que significa el Cristo)” (Jn 1,41), le dice Andrés a su hermano Simón después de haber encontrado y conocido a Jesús. Esto lo repiten también los cristianos hoy. Y esta confesión cristológica nuestra, más que un fruto de nuestra búsqueda humana o que conclusión de nuestra investigación histórica y teológica es, ante todo, una iluminación divina por la fe. Cristo Resucitado y viviente, ayer y hoy, es el que toma la iniciativa de revelarse libremente a los que creen en Él, como hizo con la Magdalena, con los apóstoles, con los discípulos de Emaús, con Pablo.

Este Cristo de la fe de la Iglesia lo veremos con detenimiento en una próxima catequesis, después de haber contemplado el Cristo de la historia y así tendremos una visión más cercana de lo que es nuestra fe en Cristo salvador.